<u>**EL REGALO DE LAS ESTRELLAS**</u>

# por Peter Van Door

*..sueño en eso, en que muera el mundo;*
*como el mar, como el demonio, allí me río*
*del Golgothedel dolor y la dicha*
*y de su mezcla inmunda.*

*Leopoldo María Panero*

**En la noche del 18 de agosto de 197... un meteorito del extraña luminosidad verdosa cayó en el jardín de Peter van der Velde, a pocos kilómetros de la ciudad de Amsterdam. Chamuscó un buen espacio de hierba y tardó varias horas en enfriarse. Peter entonces comprobó, que se trataba de una masa de tierra calcinada que se despedazó en parte al ser levantada. En su interior había un objeto metálico, semejante al plomo por su excesivo peso, pero poseedor de otras características en extremo inquietantes. Eran estas su color verde oscuro y su gran ductilidad, que permitía variar su forma con una simple presión de la mano. Su tamaño era el de un puño y en la oscuridad emitía una débil fosforescencia.**

**Sólo hizo partícipe a Vania, su mujer, del hallazgo.**

**Convinieron en que se trataba de algo tan extraordinario que, al menos de momento, era preferible no divulgar su existencia. Al parecer, ningún vecino había sido testigo de la caída del meteorito.**

**El objeto excitaba la imaginación de Peter, quien sentía un raro placer en manosearlo.**

**—Emite fuerza —le había dicho a Vania—. Cuando lo toco me parece que algo muy bueno y muy poderoso entra en mi cuerpo. Noto como si estuviera vivo y me acariciase la piel.**

**Al atardecer, cuando volvía del trabajo, Peter había tomado la costumbre de encerrarse en su estudio y entregarse a las sensaciones táctiles que le proporcionaba el objeto. En la penumbra irradiaba un halo verde diminuto que a veces se comunicaba a su mano, desapareciendo al cabo de un segundo y volviendo a aparecer después de repetidas caricias. Pero Vania no participaba de su entusiasmo por aquella cosa, sino que le inspiraba una desconfianza instintiva. Jamás consintió en tocarla. AL cabo de unos días se convenció de su aparente inocuidad. Consideró como una expresión inocente, aunque algo infantil, la nueva afición de su marido. Y como la novedad dejó de serlo, acabó olvidándose del meteorito. No del todo, puesto que su existencia le producía, a nivel inconsciente, una vaga inquietud.**

**Peter, por el contrario, se mostraba crecientemente entusiasmado. Había advertido que la cosa, de ordinario fría, comenzaba a calentarse después de repetidos toques, como si algo vivo despertase en su interior. Sin saber exactamente por qué, guardó este nuevo descubrimiento para sí. Se resistía a aceptar, pese a su evidencia, que algún inusitado lazo de carácter afectivo se estaba estableciendo entre ambos, como si el metal verde hubiera adquirido la categoría de un animal doméstico.**

Las cosas marchaban bien, extraordinariamente bien, para Peter desde la caída del meteorito. Una calma armoniosa se había asentado en su espíritu. Dormía menos horas que antes, pero la profundidad de su sueño, sin sueños, era tan envidiable como su carácter, en extremo reparador. Desapareció, como por encanto, el lastre de antiguas melancolías y su mujer pudo comprobar, noche tras noche, un inesperado y gozoso aumento de su virilidad. Estaba siempre pletórico y su vida se había convertido en el discurrir de un sol sobre un cielo carente de nubes. Rendía en el trabajo el doble que antes, se incrementó su lucidez mental y se veía capaz de resolver sin esfuerzo cualquier problema. Era reconfortante comprobar hasta qué grado se había intensificado el color de sus mejillas, con qué cordialidad sincera y espontánea trataba a todo el mundo y cómo desapareció por completo su necesidad de recurrir a estimulantes. Dejó de fumar y de beber y se entregó, en cambio, a placeres más suculentos. A consecuencia de su redoblada actividad vio redoblados sus ingresos y podía permitirse lujos gastronómicos tan sustanciosos que el perímetro de su cintura comenzó a aumentar.

En suma, deba gloria verle. Su organismo se había adaptado tan perfectamente al medio que había alcanzado el techo de sus posibilidades vitales. Lo que era, para Peter, como tocar el cielo con las manos. Le rozaron las equívocas alas del triunfo y sus compañeras de oficina, e incluso algunas chicas con las que se tropezaba por la calle, comenzaron a mirarle con cierta clase de fiebre. Tuvo, incluso, alguna aventurilla pasajera y sumamente satisfactoria a espaldas de Vania. Se sentía el hombre más feliz de la Tierra achacaba la causa de su felicidad al regalo que, inmerecidamente, le había venido de los astros.

No se acordaba de que las frutas perfectamente maduras terminan siempre por caer del árbol. Su nueva naturaleza rolliza traspasó los límites de la armonía, pero no lograba saciar el hambre. Se estaba poniendo demasiado gordo. Pero lo más triste fue que una noche el metal celeste dejó de emitir su fosforescencia. Se volvió duro y frío como un informe trozo de mármol verde.

Era una noche de diciembre. Vania dormía a su lado, en la cama contigua. Helados vientos del Norte habían barrido las habituales brumas de la estación, y a través de la ventana podía ver la dureza diamantina de las estrellas refulgiendo como una congregación de ojos acechantes. «Me van a pasar la factura», pensó de pronto, y sintió miedo. Recordó que la tarde anterior su corazón sin causa aparente, había latido en tres ocasiones con fuerza inhabitual. La primera fue en la oficina, frente a la máquina de escribir, en un raro momento de silencio general en el que dejó de percibir, incluso, los ruidos de la calle. Más tarde le ocurrió a la salida del trabajo, mientras esperaba la llegada del tranvía a la parada del Estadio. También entonces un helado silencio parecía haber tomado posesión de las calles. ¿O era que él había dejado de percibir las vibraciones del mundo exterior? No estaba seguro. Duró apenas unos segundos. Pero la adrenalina comprimía violentamente sus latidos y una opresión de origen desconocido atenazaba su garganta. Se sentía acechado. Cuando el tranvía inició su marcha volvió repetidas veces la cabeza a la espera de encontrar unos ojos inquisidores malignamente

clavados en su nuca. Pero no había nadie a sus espaldas, sacudidas por un agudo escalofrío. Al llegar a la puerta de su casa, nuevamente el corazón pugnó por salírsele del pecho. Tenía la misma impresión de estar percibiendo un hedor insoportable, aunque nada hería su olfato de una manera particular. Experimentó como si una inteligencia amenazadora susurrara infames palabras en su oído, aunque sólo pudiera escuchar los rugidos del viento. A cada nuevo paso sentía vívidamente el peso de su vientre palpitante, desmesurado, como si una mano invisible y fría se complaciera en palpar sus pliegues.

Y ahora, en la cama, sostenía nuevamente entre las manos el helado trozo de metal. Las yemas de sus dedos, en la penumbra de la habitación, le permitían comprobar que había adquirido formas retorcidas, plagadas de aristas diminutas, y le transmitían la sensación de sostener algo muerto, algo que en otro tiempo había sido cálido y radiante, y cuyo peso parecía haber aumentado ahora, como parece incrementarse el peso de un cadáver.

De pronto advirtió, estupefacto, que desde la llegada del meteorito no se había formulado las preguntas más elementales. ¿De qué extraño mundo procedía? ¿Por qué había ido a parar precisamente a sus manos? ¿Por medio de qué insólitos mecanismos había operado en su persona aquellas extraordinarias transformaciones? ¿Por qué ahora, precisamente, ahora, había «muerto»? ¿Qué era loo que realmente había dejado de vivir en aquel metal? ¿Por qué le asaltaba el miedo? ¿Por qué se sentía observado, «codiciado», desde Dios sabe qué ominosas lejanías?

Fue, por primera vez, plenamente consciente de su excesiva gordura. Se tocó despacio el vientre y las caderas, y la grasa acumulada le sugirió la imagen de un cerdo profusamente cebado por su dueño. Recordó una frase del inquietante libro de Charles Fort: «No somos otras cosa que ganado al que apacientan desde las estrellas.»

Una espantosa revelación sacudió su mente. El meteorito había caído a sus pies con una función determinada. Esa función ya se había cumplido y por ello había dejado de emitir su radiante fosforescencia, sus benéficas vibraciones. Nadie, en éste o en cualquiera de los mundos posible, da nada gratuitamente. Y él, Peter van der Velde, ciudadano holandés, insignificante habitante de este planeta, había caído en una burda trampa, tendida desde las estrellas por seres de naturaleza tan terrible que ningún nigromante se atrevería jamás a invocar. Entendía ahora por qué el poderoso instinto de Vania le había preservado de tocar el metal y por qué en ocasiones le había sugerido, con voz trémula, que se deshiciera de él, aunque no acertara a darle una explicación razonable que le motivara a hacerlo... Pero no entendía por qué, al llegar a este pasaje de sus pensamientos, el perro comenzó a aullar desde el jardín de aquella forma aguda y estridente que ponía los pelos de punta.

Los lúgubres aullidos del animal habían hecho añicos el espeso silencio que, tras el viento, se había posesionado de la casa. La tenebrosa naturaleza de sus reflexiones le hizo percibir los aullidos del perro como cuchilladas en el alma. Se incorporó sobresaltado y trató de convencerse de que estaba siendo víctima de sus propios demonios interiores. Era absurdo suponer la existencia de seres improbables en las heladas

lejanías del cosmos, por muy raros meteoritos que aterrizasen en su jardín. Las fantasías de Lovecraft nunca habían sido capaces de transponer los inocentes ámbitos del papel impreso. La realidad era distinta. La realidad era...

Inútilmente trató de acumular tranquilizantes definiciones de la realidad. Pensó en las familiaridades cotidianas, en las pequeñas cosas que no cambian nunca y que nos proporcionan reconfortantes mentiras, tales como la de que nosotros dominamos siempre la situación. Pero sus esfuerzos fueron en vano, porque el perro seguí aullando y aullando, como un ser humano gritaría ante la inminencia de su muerte. Comenzó a sudar y a temblar. De nuevo sintió cerca, espantosamente cerca, la oscura Presencia que le había desasosegado durante la tarde. Quiso despertar a Vania, pero fue incapaz de emitir el más leve sonido, a la vez que sus manos, apretando tensas el objeto, negaban obediencia a los imperiosos deseos de su voluntad. Sin embargo, al cabo de unos segundos angustiosos la tensión se quebró en su garganta con un grito:

—¡Vania!

Su mujer despertó sobresaltada.

—¿No oyes al perro, Vania? ¿No lo oyes? ¿Lo estás oyendo?

Vania no contestó. Su despertar fue tan brusco que la mente se adhirió al horror de aquellos aullidos y no fue capaz de reflexionar. Pero pudo contemplar, a la difusa luz de las estrellas, el cuerpo convulso de Meter, sus manos aferradas al meteorito, su frente salpicada de gotas, el brillo desesperado de sus ojos. Luego consiguió articular dos palabras:

—El perro…

—Sí —contestó Peter—, el perro… Algo pasa.

Oyeron el último grito del animal. Y luego una especie de chasquido, seguido de un obsceno gorgoteo. El perro —rememoró Peter— había sido el primero en acercarse al meteorito. Lo había olisqueado cuando se enfrió, lo había empujado repetidas veces con el hocico.

—Peter… Deberíamos salir.

—No, Vania, no… Es mejor que nos quedemos y no hablemos más. Que no nos oigan.

—Nos han oído ya. Saben que estamos aquí.

—No, no lo saben, Vania. No piensan. Pero nuestro calor les atrae. El calor…

Nunca pudo Vania saber qué soplo clarividente había inspirado a Meter sus últimas palabras. Porque en ese momento crujieron las paredes y la ventana se abrió de golpe, dando paso a un viento impalpable y poderoso que llenó la estancia con las notas de una gélida sinfonía, como si los hielos primordiales del espacio hubieran tomado de pronto posesión de la tierra. Vania retorció sus miembros. Un grito delirante escapó de su garganta. Meter, por el contrario, quedó paralizado. Tenía los ojos muy abiertos y miraba, con obsesiva fijeza, a un punto determinado de la habitación, donde parecían flotar pequeñas y brillantes manchas rojizas. Como sostenidas por hilos invisibles, avanzaban despacio hacia la cama de Meter. Vania advirtió la boca desmesuradamente abierta de su marido, su respiración suspendida, la creciente crispación de sus manos, aferradas al raro metal. Algo parecido al agitado rumor de las olas llenó la estancia. Era un sonido rítmico, prolongado, jubiloso, como la respiración

de un monstruo prediluviano vuelto milagrosamente a la vida, como si el hálito de otro mundo pasara a través de afilados e invisibles dientes. Algo rozó la sábana de Vania, a los pies de la cama, produciéndole en los dedos la insufrible sensación de un arañazo viscoso. Pero nada veía, sino las manchas gelatinosas avanzando torpemente hacia el petrificado cuerpo de Meter, hacia el infinito horror reflejado en unos ojos a los que pronto les sería negada la luz para siempre, ojos que jamás llegarían a percibir la abominable Forma. Varios hierros de la cama se quebraron, chirriantes, y eso hizo que Meter reaccionara con tardía celeridad. Arrojó ante sí el meteorito, con increíble fuerza, y su trayectoria quedó interrumpida en el espacio, donde se sostuvo por un momento, produciendo un ruido blando, acuoso, para resbalar después por una ondulada superficie invisible hasta caer suavemente en el suelo.

Vania fue luego testigo, al borde de la locura, de la rapidez con que se sucedieron las cosas. Ahogada en un horror inasimilable, su lucidez era absoluta. Vio que Meter era empujado hacia arriba con una fuerza incontenible. Alcanzó a ver en su rostro una última expresión helada. Algo que no lograba percibir sujetaba el cuerpo en el aire, a un metro de la cama. El espanto hacía que los ojos del hombre quisieran escapar de las órbitas. Luego el cuerpo se dobló hacia atrás, hasta alcanzar un ángulo inverosímil, cuyo vértice estaba situado a la altura de los riñones. Y escuchó el terrible chasquido de su columna vertebral fracturada. Aún con vida, Meter profirió un gemido apenas articulado, como el de un cachorrillo violentamente privado de su madre. Después sufrió en el vientre un extraño impacto que, desgarrando la chaqueta del pijama, le produjo un agujero ovalado en la carne viva, ancho como una mano extendida alrededor del ombligo. Vania sintió que se hacían añicos los últimos vestigios de su razón. Porque desde ese agujero, como succionado por el vacío, se expandió, y quedó suspendido en el aire, un enorme charco de sangre.

El horror multiplicaba en Vania los mecanismos de la vigilia, y pudo contemplar la escena centrando su atención en varios puntos a la vez, como si llegara a su cerebro a través de los múltiples cristales del ojo de una mosca. Así observó al mismo tiempo cómo la cabeza de Meter se consumía, semejante a un globo que pierde aire, y cómo su cuerpo quedaba reducida en pocos segundos a un informe montón de piel huesos, para ser luego arrojado al suelo como guiñapo. Pero también veía simultáneamente algo más espantoso y enloquecedor. Era que la sangre se Peter, al ser absorbida por aquella lóbrega presencia, hizo visible su horrenda forma. Una masa tentacular, sanguinolenta y translúcida, carente de cabeza y ojos, palpitando al unísono sus brazos innumerables, sarmentosos, al extremo de los cuales aparecían esas bocas nauseabundas, ovaladas, que algún Engendro de la Noche había sembrado de dientes verdosos y fosforescentes. El destino fue misericordioso con Vania, privándola en aquel momento de la razón. Pero entre las consoladoras brumas de la locura, mientras gritaba y reía alternativamente, privada ya de todo control, pudo asistir aún a los últimos movimientos de aquella danza macabra. La Forma se arrastraba pesadamente hacia la ventana. El más repulsivo de sus tentáculos se había apoderado del meteorito. En el marco de la ventana se comprimió y

**pudo así salir al exterior, donde un helado torbellino la zambulló en las tenebrosas profundidades del firmamento.**